Francia mueve ficha

Centre d'Estudis Jordi Pujol
Editorial / 02 de Mayo de 2012

Francia mueve ficha el próximo domingo, y de lo que suceda en París a partir del lunes dependerá, en cierta medida, el futuro de Europa. No es ningún secreto que, hasta que Angela Merkel llegó al poder, la política europea dependía, fundamentalmente, del eje Bonn-París (Berlín-París, después de la reunificación).

La transformación que ha experimentado Europa desde el mercado común hasta el advenimiento del euro se ha basado en el buen entendimiento de los gobiernos de ambos países. Se trataba de poner fin a una hostilidad secular que, entre otras cosas, había provocado tres guerras continentales –dos de ellas, mundiales– en menos de un siglo.

El equilibrio, sin embargo, se ha roto cuando Europa ha vuelto, de algún modo, a la situación de 1914, es decir, a una Alemania que, una vez digerido el coste de la reunificación, posee una enorme fuerza económica que la convierte, de hecho, en la única potencia del continente. Ya hace tiempo que Francia ha dejado de ser una *partenaire* en igualdad de oportunidades con Alemania, pero hasta que no ha llegado al poder de Bonn la primera generación sin memoria directa de la Segunda Guerra Mundial, el desequilibrio no ha sido evidente. Alemania, como ya sucedía en 1914, mira hacia el este y hacia el sur, y por eso su influencia se deja sentir desde el Báltico hasta los Balcanes y por eso pone especial énfasis en sus relaciones con Rusia.

La historia no se repite pero casi: Alemania jugó un papel decisivo en el advenimiento del triunfo bolchevique

en Rusia y Alemania ha sido, tras casi cien años, la que de una forma más decisiva ha ayudado a Rusia a rehacer su relación con Europa.

Los estados deben poder ocupar, en el concierto internacional de naciones, la posición que les corresponde en razón a su peso económico, demográfico y cultural. De lo contrario, se producen situaciones de efervescencia que pueden llegar a estallar de forma descontrolada. Alemania, pues, debe ejercer en Europa el liderazgo que le corresponde. No existe razón histórica o doctrinal que lo pueda impedir. Ahora bien, el liderazgo no es fácil. Durante el largo periodo de la guerra fría, los Estados Unidos ejercieron eficiente y generosamente el liderazgo de la mitad de Europa que les tocó en el reparto de Yalta. Los Estados Unidos fueron radicales en la defensa de los valores de la sociedad democrática, pero sin la condonación de deudas y el plan de ayudas que siguió a la Segunda Guerra Mundial la Europa Occidental lo habría tenido muy difícil para recuperarse.

Gane quien gane el domingo en Francia, resulta bastante difícil pensar que la relación entre el gobierno de París y el gobierno de Berlín seguirá siendo la misma que hasta ahora. La opinión pública francesa ha expresado el rechazo a la supeditación a Alemania por dos motivos. Porque, económicamente, no ha servido para mejorar la situación global del país, y porque ha hecho renacer los viejos fantasmas del enfrentamiento. Con Hollande, seguramente, Merkel lo tendría más difícil. No tanto porque la propuesta de re-negociación de los tratados actuales que promete el candidato socialista sea fácil de llevar a cabo sino porque Hollande asumiría la representatividad del descontento de una parte importante de la sociedad francesa y de otros países de Europa. Lo que le dotaría de una fuerza moral importante en el momento de dialogar con Merkel. Pero no es seguro que si gana Sarkozy la actual canciller alemana lo tenga mejor. Sea cual sea el resultado, a estas alturas Sarkozy ya habrá tomado conciencia de que su forzado tándem con Merkel no le ha sido electoralmente beneficioso.

Todo eso no quiere decir que Alemania no tenga razón cuando se queja del comportamiento de los países mediterráneos en los últimos años. Ningún país puede gastar más de lo que tiene, y esa obviedad da fuerza, de entrada, a los planteamientos del gobierno de Merkel. Ahora bien, tal vez el problema no es tener o no la razón sino saber ejercerla. Tal vez el problema no es asumir la condición de líder sino actuar con la prudencia y la flexibilidad que las circunstancias requieren. Europa necesita un contrapeso; y Alemania, también. Estaría bien que, fuera cual fuera el resultado del próximo domingo, Francia volviera a estar en condiciones de asumir ese rol.